

## Contribución al estudio del pensamiento de Fidel Castro *Contribution to the study of Fidel Castro's thought*

Dr.C. Rafael Plá-León

*rafael@uclv.edu.cu*

Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, Villa Clara, Cuba

### Resumen

El ensayo tiene por objetivo intentar un acercamiento al pensamiento del líder histórico de la Revolución cubana Fidel Castro, desde el estudio general que ayude a trazar el marco teórico en que se desarrolló. Se introduce en la problematización de sus fuentes principales para poder adelantar una definición posterior de las coordenadas por las que discurre. Pretende dibujar la trayectoria que siguió el pensamiento de Fidel a través de las distintas etapas de la Revolución cubana y de distintos aspectos fundamentales dentro de innumerables cuestiones a las que prestó atención en su larga vida de luchador revolucionario. Se maneja el método lógico en estricta correspondencia con el histórico, para reconstruir la evolución de su pensamiento y las distintas facetas por las que incursionó.

**Palabras clave:** Fidel Castro, revolución cubana, marxismo.

### Abstract

The purpose of the essay is to try to approach the thought of the historical leader of the Cuban Revolution Fidel Castro, from the general study that helps to trace the theoretical framework in which it was developed. It is introduced in the problematization of its main sources to be able to advance a later definition of the coordinates through which it runs. It aims to draw the trajectory that followed Fidel's thought through the different stages of the Cuban Revolution and of different fundamental aspects within countless issues to which he paid attention in his long life as a revolutionary fighter. The logical method is handled in strict correspondence with the historical, to reconstruct the evolution of his thinking and the different facets by which he ventured.

**Keywords:** Fidel Castro, Cuban revolution, Marxism.



## Introducción

La necesidad del estudio del pensamiento de un líder revolucionario como Fidel Castro resulta incuestionable, sobre todo en las circunstancias especiales por las que atraviesa el país en que arriesga formas anteriores en pos de una oportunidad más para el desarrollo ansiado por la población. El riesgo consiste en que se pone en peligro, una vez más, lo logrado en materias tan elementales como la seguridad de la vida, la educación de alto nivel, la asistencia médica con sentido humano y otras conquistas del período revolucionario, que deben mucho a la forma en que el líder de la Revolución concibió y realizó el proceso en su conjunto. Conocer en su esencia el pensamiento que dio origen a esta revolución socialista a tan corta distancia del centro de poder económico, político, militar más grande del mundo contemporáneo, es garantía de continuidad para la dirección del país. Pudiera parecer que la tarea de su investigación está bastante adelantada por la cantidad de trabajos que se han escrito acerca del tema, pero un acercamiento preliminar arrojará la problematización natural en la que se debe mover la reflexión en busca de un resultado científicamente provechoso.

La riqueza del pensamiento de Fidel obliga al investigador a considerar distintas variables para precisar sus fuentes y no conformarse con las más visibles, como son la vertiente martiana y la marxista-leninista, que son las que, por regla general, se admiten por los investigadores a partir de las propias declaraciones del pensador estudiado. Se acepta su filiación martiana, mantenida desde el comienzo de las luchas revolucionarias, en que dejó establecida la conexión orgánica con José Martí, con los preceptos morales y políticos que este trazó en su tiempo y, por otro lado, la revolución que hubo de encabezar en el siglo XX no podía desentenderse de la influencia de la doctrina marxista de tendencia leninista, que era predominante en la época y que brindaba un amplio instrumental de conceptos y categorías para comprender la realidad social y transformarla<sup>1</sup>.

Pero estos dos cuerpos doctrinales no son de por sí totalmente coherentes. Si se tomaran como marco conceptual, debiera explicarse cómo engarzan para ofrecer un pensamiento

---

<sup>1</sup> Esta fusión del pensamiento de Martí con el del marxismo-leninismo está indicado por el propio Fidel en varios lugares: “Creo que mi contribución a la Revolución Cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente en nuestra lucha” (Castro, 1985, p. 164).

íntegro que no se quede en mezcla ecléctica de elementos pragmáticos. En el estudio de esta faceta ha avanzado un grupo de intelectuales del Instituto de Filosofía de La Habana encabezados por la Dra. Olivia Miranda, quien ha acuñado el término de “articulación” para describir el proceso que da cuenta de esta síntesis (Miranda, 1999). Pero este estudio no parece ahondar en la contradicción que implica esta dupla intelectual, en cambio prioriza dirigir la mirada a aquellos aspectos en los que se manifiesta dicha articulación. Desde esta posición se corre el riesgo de no comprender el proceso mismo de pensamiento que se está produciendo.

Ciertamente, son dos épocas históricas diversas, dos situaciones político-sociales distintas y tienen que resultar pensamientos diferentes, que si engarzan sería necesario precisar cómo se logra esto y no limitarse a constatar coincidencias. En el horizonte marxista, el enfoque clasista es esencial, mientras que en el martiano, por las circunstancias que lo determinan, ocupa un lugar no primordial. Esto determina posiciones diferentes en cuanto a cuestiones como el sujeto histórico de la revolución y el instrumento político de que se vaya a servir el movimiento revolucionario para lograr sus objetivos, las tácticas y estrategias para la lucha, para no hablar de la cosmovisión que se alimenta de las fuentes que sirven de marco a determinado pensamiento.

No cabe dudas que puede haber una articulación entre pensamientos revolucionarios de distinta índole, época y contexto geográfico. Sin embargo, se debe aclarar en qué aspectos se articulan estos pensamientos a partir de las contradicciones, no basta que sean coincidentes, sino que en cierto sentido se contrapongan<sup>2</sup>.

Pero no deben obviarse otras corrientes de pensamiento en un análisis de la configuración del pensamiento de Fidel Castro. Pueden haber pesado, además, el

---

<sup>2</sup> En el pensamiento martiano, por ejemplo, hay una carga ética de fuerte inspiración estoica que no se aprecia en el pensamiento marxista-leninista, el cual daba a la ética un segundo lugar en la teoría que fundamentaba la revolución social que preconizaba. En el marxista-leninista se privilegia la clase obrera, exactamente el proletariado industrial, como la clase dirigente de una revolución social contra el capitalismo, mientras que Martí tenía ante sí la tarea de una revolución anticolonial, y los proletarios entraban aquí como una fuerza más de apoyo a la lucha, pero no la principal. El partido de Martí era una amalgama de fuerzas sociales unidas por la sola misión de darle a Cuba y a Puerto Rico la independencia; el partido marxista-leninista a mediados del siglo XX se trataba de una organización clasista de sólida disciplina, con un propósito definido de cambio social.

humanismo<sup>3</sup> –que en la época postulaban corrientes como el existencialismo, opuesto al marxismo en la consideración del hombre como individuo y no como ser social–, la ilustración<sup>4</sup> –que marcó hasta el último momento de su vida su visión de la formación del hombre– o el extraordinario peso que al parecer jugó su formación dentro de los jesuitas<sup>5</sup> –por esa forma de apreciar la realidad como un reto hacia lo alto. Si fuésemos a definir el régimen social que impulsó el pensamiento de Fidel en su Cuba natal, habría que considerar el peso específico que en ello desempeñó la forma político-militar de organización social de la Compañía de Jesús. Por último, habría que mencionar el legado político y moral que, evidentemente, hubo de tomar de Eduardo Chivás, así como la deuda con el pensamiento de José Ingenieros, de quien aparecen al menos tres referencias en un texto básico como *La Historia me Absolverá*.

Por lo pronto, lo que corresponde reconocer los problemas que ofrezca a la investigación un objeto tan complejo como el que se considera en el presente trabajo. Sin embargo, en espera de análisis teóricos más profundos, se ofrece la posibilidad de adelantar labor en la recopilación empírica del material que sirva de base al análisis.

El pensamiento de Fidel Castro está registrado, en lo fundamental, en una extensa lista de discursos, cartas, documentos políticos, artículos para la prensa, entrevistas ofrecidas a medios de prensa, entre otros, para no hablar de la obra en sí, de la acción fundadora, de la cantidad de cosas que emprendió que habrá quedado sin testimonio escrito. La tarea de historiar ese pensamiento es ya de por sí ardua y meritoria, pues brindaría una perspectiva organizada para valoraciones posteriores.

Se impone el enfoque histórico de su pensamiento ante el hecho de que, con su inmensa autoridad, los estudiosos pasen por alto circunstancias que evidencian contradicciones

---

<sup>3</sup> En los primeros meses de la Revolución en el poder se desató una campaña de presión al Gobierno revolucionario para que se pronunciara por su orientación política respecto al comunismo. Fidel no llegó nunca a caer en las provocadoras embestidas periodísticas y promovió la definición de “humanista” para la revolución que encabezaba (Casuso, 1959).

<sup>4</sup> En la producción discursiva de las últimas décadas de su vida, Fidel Castro fue prolífico en enfoques propiamente ilustrados; el punto de vista clasista se deja a un lado, privilegiando la visión del hombre en general dotado de razón, con la cual se espera que pueda salvar la humanidad (Castro, 2003).

<sup>5</sup> “Influyeron los profesores, sin duda, los jesuitas, y más aún el jesuita español, que sabe inculcar un gran sentido de la dignidad personal [...]. El sentido del honor personal lo tiene casi todo español y lo tenía en alto grado el jesuita; el aprecio por el carácter y la rectitud de la gente, por la franqueza, la valentía de la persona, la capacidad de soportar un sacrificio, esos valores los sabían exaltar. [...] No hay duda de que los jesuitas influyeron con el rigor de su organización, disciplina y sus valores, influyeron en ciertos elementos de la formación de uno, y en un sentido también de la justicia [...]” (Castro, 1985, p. 155).

que necesitan explicación. Una vez captado los aportes de su pensamiento, se presentan sus distintos momentos como indiferentes en el tiempo, como si no se hubieran dado fuertes contradicciones con el mundo socialista soviético o el mundo chino o yugoslavo; se relacionan ideas pronunciadas en la segunda mitad de los sesenta y, seguidamente, fragmentos de discursos de viajes por los países socialistas de Europa, sin que medie una explicación de las diferencias (Fernández, 2012). La reconstrucción histórica del pensamiento de Fidel Castro es necesaria no solo para ver su evolución, sino para apreciar con mayor certeza sus constantes y sus principios.

### Desarrollo

Para reconstruir históricamente el pensamiento de Fidel Castro se debe comenzar por el proceso de formación de su pensamiento revolucionario. Por ese camino, se aprecia una idea de extraordinaria madurez en cuanto a la concepción del proceso de luchas que necesitaba Cuba: la revolución que debía organizarse no sería un simple cambio de gobierno, sino un cambio *social*, que superara los ancestrales males de la nación. En ese sentido, Fidel distinguió, desde temprano, entre *política* y *revolución*, teniendo en cuenta que con lo primero designaba la actuación de los partidos políticos de la oposición a Batista que aceptaban el juego a las elecciones como única forma de solución pacífica: “[e]l otro camino –precisaba en una ocasión– se llama *revolución*: ejercicio del derecho que tienen los pueblos a rebelarse contra la opresión [...]” (Castro, 2007b, p. 98)<sup>6</sup>.

Esta idea es ampliada en el “Manifiesto no. 1 del Movimiento 26 de Julio al Pueblo de Cuba”: “Nosotros no vemos la política como la ven los políticos al uso. No nos importan los beneficios personales sino los beneficios del pueblo al que servimos desinteresadamente como misioneros de un ideal de redención. [...] Si queremos el poder es como medio y no como un fin en sí mismo” (Castro, 2007b, p. 87). En todo momento está la voluntad de distanciarse de los políticos de turno, los cuales habían hecho de la política un medio de enriquecimiento personal.

En consecuencia, comprendiendo la enormidad de las fuerzas que enfrentaría, la revolución se concebía *optando por la lucha armada*, apoyado en toda la tradición que

---

<sup>6</sup> El subrayado es del original.

partía del mambisado y se consolidaba en la Revolución del '30. En esa estrategia se desechó la teoría del *push* a espaldas de las masas. Aunque el tipo de organización por la que se optó era necesario mantenerla en el más estricto secreto y clandestinaje, no se pensó nunca sin la *participación amplia y decidida del pueblo* interesado en derrocar la tiranía y el régimen de corrupción instaurado.<sup>7</sup>

Desde el alegato de Fidel en el juicio del Moncada se define lo que él consideraba “pueblo” en el sentido político estricto, apelando a los distintos sectores de la sociedad que con humildad se ganaban la vida con el trabajo (Castro, 2007b, pp. 27-28). A esos sectores apelaba para desplegar la lucha. Es necesario observar que, aunque la categoría de pueblo no sea específicamente marxista por lo abstracta de la misma, la precisión que Fidel consideró darle en ese histórico discurso lo sitúa en los marcos de un pensamiento político concreto de inspiración marxista.

Sin embargo, en su pensamiento existen determinaciones que pueden contrastar con la opción por las masas, en el sentido que el marxismo lo entiende. Es una constante en sus consideraciones siempre que se habla de la organización de un movimiento revolucionario, la *significación del jefe*. En carta al periodista Luis Conte Agüero, en el momento en que, prisionero, se organizaba el Movimiento 26 de Julio, precisaba:

Condiciones que son indispensables para la integración de un verdadero movimiento cívico: ideología, disciplina y jefatura. Las tres son esenciales, pero la jefatura es básica. [...] No puede organizarse un movimiento donde todo el mundo se crea con derecho a emitir declaraciones públicas sin consultar con nadie; ni puede esperarse nada de aquel que se integre por hombres anárquicos que a la primera discrepancia toman el sendero que estiman más conveniente, desgarrando y destruyendo el vehículo (Conte Agüero, 1959, p. 61).

En una situación como la cubana de los años 50, contando con la experiencia de la Revolución del 30, se puede observar que el principio de la autoridad suprema en el movimiento revolucionario era la clave del éxito para triunfar y conservar el poder frente a importantes intereses económicos que afectarían al país. Sin embargo, este punto no es totalmente congruente con el marxismo clásico, sino con la versión del marxismo-leninismo que desarrolló el socialismo soviético con Stalin. Esta es, a nuestro

---

<sup>7</sup> “Entonces yo me doy cuenta de que esa masa era la decisiva y esa masa estaba sumamente irritada y descontenta; no comprendía la esencia social del problema, estaba confundida, atribuía el desempleo, la pobreza, la falta de escuela, la falta de hospitales, la falta de empleo, la falta de vivienda, todo se lo atribuía, o casi todo, a la corrupción administrativa, a las malversaciones, a la perversidad de los políticos” (Castro, 1985, p. 165).

entender, una de las claves del pensamiento político de Fidel Castro que puede explicar muchas de las medidas tomadas en cuanto a los acontecimientos que tuvieron relación con la supresión de la democracia burguesa representativa, independiente de la hostilidad del imperialismo, que ayudó a legitimar con más facilidad la ausencia de consultas formales al pueblo (elecciones y referendos) y el ejercicio de una democracia directa de consulta con las masas.

Todo eso se condensaba en un programa que, sin llevar etiquetas ni proclamar los objetivos definitivos, sí se diseñó con toda claridad de tareas concretas y reivindicaciones políticas, económicas y sociales. La revolución, en esta línea, se perfilaba contra el capitalismo y el imperialismo; y aquí se encontraba con la tradición marxista-leninista, que le brindaba claves políticas para el triunfo.

La *opción marxista-leninista* en el pensamiento del líder de la Revolución cubana se hace manifiesta en un plazo relativamente breve para un proceso histórico como el que se vivió en Cuba. Ya en el tercer año de la Revolución se proclamó su carácter socialista y con extraordinaria rapidez se radicalizó el proceso, pasando a la nacionalización de las empresas norteamericanas y cubanas de gran capital.

La declaración de la filiación marxista-leninista del pensamiento de Fidel Castro no debe haber sorprendido al pueblo cubano, a pesar de que confirmaba las campañas enemigas que acusaban a la dirección revolucionaria de comunista. Esa acusación –en extremo peligrosa para ganar la confianza de las masas en una época de maccarthismo– fue desmentida en su momento con astucia y sin que hiciera mella en la conciencia de las masas. En los primeros tiempos los argumentos eran los hechos, las leyes revolucionarias a favor del pueblo, mientras que haber declarado el rumbo comunista hubiera levantado obstáculos enormes en el camino. Cuando se consideró que se habían derrotado los principales prejuicios ideológicos hacia el socialismo, entonces la declaración de filiación ideológica era necesaria para poder aprovecharla como nuevo impulso.

Uno de los puntos clave en el pensamiento político revolucionario de Fidel Castro es el tema de la *construcción de un partido* que diera la garantía de continuidad. Su idea consistió en lograr armar ese instrumento con la misma materia heterogénea que hizo la Revolución, salvando la mar de prejuicios que tenía el pueblo cubano respecto al

comunismo como movimiento político y social. El partido que se creó fue comunista, pero no se diseñó como la integración de las distintas organizaciones revolucionarias al viejo partido comunista (que en la época se nombraba Partido Socialista Popular, PSP). Ni siquiera las más destacadas autoridades de aquel partido ocuparon, a la larga, los puestos más decisivos en la nueva organización<sup>8</sup>.

La primera experiencia de organización del partido pudo tener consecuencias nefastas, puesto que se hizo bajo el manto del sectarismo. El secretario de organización del viejo partido comunista maniobró para controlar la conformación de ese aparato desde un inicio con cuadros incondicionales a él, apartando a otros que no eran de la vieja militancia, a pesar de haberse jugado la vida en la lucha revolucionaria. Estas deformaciones fueron detectadas a tiempo y rectificadas, pero la tendencia propició una enseñanza provechosa. Bajo la dirección de Fidel Castro se conformó, con todo el cuidado requerido, un partido con las características clásicas de un obrero marxista: “[...] la norma que la organización política de la Revolución Cubana deberá tener – explicaba Fidel en su momento –, será en primer lugar, esta norma de selección y de la calidad; no será una organización cuantitativa, es decir, será una organización cualitativa” (Castro, 1962, p. 76). De esa manera, el partido se perfiló con un sistema de selección, perfeccionado luego de rectificada la política del sectarismo, en el cual el papel decisivo lo tenía la masa de trabajadores que elegía a los candidatos en asambleas que hubieron de llamarse “de ejemplares”.

En la presentación de sus ideas acerca del partido unido resume las normas con las que concebía armar un partido proletario para la revolución comunista: “[...] la disciplina, los principios, la selección, la democracia interna y la dirección colectiva [...]” (Castro, 1962, p. 85). Aquí ya no se menciona la jefatura como principio, sino la dirección colectiva, aunque en la práctica, sobre todo en aquellos años sesenta, la jefatura continuó dictando las normas del trabajo más que una dirección colectiva organizada y formalizada.

---

<sup>8</sup> Blas Roca, por ejemplo, quien fue el máximo representante de los comunistas cubanos entre 1934 y 1961, no integró el Buró Político de la nueva organización hasta su I Congreso en 1975. Con profunda humildad aceptó sin reservas las decisiones sobre la integración de los órganos del Partido, considerando que “mi exclusión de él contribuye a su integración y funcionamiento [...] y a la larga producirá mejores resultados para todos” (Rojas, 2010, p. 322).



Una cuestión ineludible para la caracterización del pensamiento de Fidel Castro es la *relación que mantuvo con la Unión Soviética* de entonces y con el partido que representaba los intereses comunistas en el país. Es conocido que la revolución no la hizo el partido que se consideraba de vanguardia en cada manual orientado por la ideología soviética. Una investigación histórica profunda debiera precisar las causas de por qué el Partido Socialista Popular se quedó a la zaga de otros movimientos sociales y políticos en el país, pero la explicación que maneja Fidel acerca de que era víctima de la propaganda maccarthista de la época es solo la mitad del asunto (Rojas, 2010, p. 290).

El partido comunista también fue víctima de sus propios errores de oportunismo y revisionismo en los que cayó con responsabilidad propia, inducido por la política de la Internacional comunista de entonces, que indicaba –correctamente– buscar alianzas con los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía. Sin embargo, en la práctica se encontraron aliados tan reaccionarios como Fulgencio Batista, con quienes hicieron coalición de gobierno entre 1940 y 1944.

Se conoce también de los contactos que tuvo Fidel con las bibliotecas del partido y su iniciación, ya en la etapa universitaria, con la literatura marxista. En ella aprendió las claves de la revolución según la teoría de Marx y de Lenin, la orientación clasista de su pensamiento, tan bien reflejada en un documento como *La Historia me Absolverá*. Pero, igualmente, se percató que con el partido de los comunistas no se podía lograr el apoyo de las masas, ni realizar una táctica que permitiera la necesaria toma del poder del Estado para, desde allí, impulsar la revolución social.

De modo que, la *independencia era el rasgo más característico* del pensamiento de Fidel Castro en lo tocante a la forma de entender el marxismo y a la forma de conducirse políticamente dentro del mundo comunista. No se sentía atado a ninguna disciplina de partido que le impusiera una concepción determinada y, de esa forma, podía enrumbar la fuerza creadora de su pensamiento. Cuando tuvo que enfrentar las naturales contradicciones entre la potencia socialista que lideraba el movimiento comunista internacional y la revolución naciente que cuidaba celosamente de su soberanía, el pensamiento vivo de Fidel no dudó en poner los puntos sobre las íes; detrás de las palabras radica una crítica a la forma de los soviéticos de interpretar el movimiento comunista:

Cada pueblo, cada país, tiene su forma de hacer su revolución; cada pueblo, cada país tiene su forma de interpretar las ideas revolucionarias. [...] tenemos nuestra forma de interpretar esas ideas, tenemos nuestra forma de interpretar el socialismo, nuestra forma de interpretar el marxismo-leninismo, nuestra forma de interpretar el comunismo (Castro, 1968, p. 9).

En la segunda mitad de los sesenta se dio el primer enfrentamiento ideológico con la forma soviética de entender el comunismo, que tenía que ver con el peso de los factores morales y materiales en la construcción socialista. No debiera tomarse el énfasis que hizo siempre Fidel en el desarrollo de la conciencia para la construcción del socialismo y el comunismo como pauta para pensar que desdeñaba el determinante desarrollo de la base material. Son dos problemas diferentes en el pensamiento de Fidel, pues el primero se refiere a la potenciación del factor subjetivo, imprescindible detonante de los cambios que deben efectuarse en la sociedad; mientras que el segundo se refiere a lo que materialmente condiciona que esos cambios puedan realizarse, pues sin esa base material toda voluntad se estrella contra los imposibles. La correlación entre los dos factores la expresaba así: “[...] en la misma medida en que las fuerzas productivas se desarrollen hay que ir desarrollando también la conciencia comunista” (Castro, 1968, p. 11).

Y aquí entra la *concepción del comunismo* que tenía Fidel Castro en aquellos años, ligado explícitamente al igualitarismo<sup>9</sup>. Afirmaba:

El comunismo es cuando la sociedad, considerada como un todo, con todos sus recursos, vela por la educación de cada ciudadano, vela por la salud de cada ciudadano, vela por el bienestar de cada ciudadano, y toda la sociedad – desaparecidas las clases, desaparecidas las desigualdades– trabaja para todos y cada uno de los ciudadanos (Castro, 1968, p. 13).

La *autocrítica* fue un método que usó Fidel al frente de la dirección revolucionaria, utilizado permanentemente en los fundadores años sesenta, pero con impacto singular en el reconocimiento del fracaso de la Zafra de los Diez Millones en 1970. Un momento relevante fue el acápite “Los errores cometidos” en el histórico informe al Primer Congreso del PCC de diciembre de 1975 (Castro, 1975, pp. 102-111). Esta autocrítica marcó el deslinde de toda una época histórica y lleva cierto sabor de desgarramiento

---

<sup>9</sup> En años posteriores hubo de realizarse una crítica al igualitarismo, pero en los sesenta se defendía sin tapujos por el propio Fidel: “[...] una de las primeras batallas en la marcha hacia el comunismo es ir progresivamente de abajo hacia arriba [...] disminuyendo esos desniveles de ingresos, es decir, marchando hacia el igualitarismo en los ingresos” (Castro, 1968, p. 20).

moral. En ese fragmento del informe se analiza el período anterior, en que Cuba intentó deslindarse de las concepciones soviéticas y europeas de construcción socialista. El fracaso económico llevó a la tendencia contraria de aceptar la experiencia eurosoviética e implantarla en el diseño del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía.

[...] la Revolución Cubana –apuntaba Fidel– no supo [...] aprovechar en el terreno de la construcción del socialismo la rica experiencia de otros pueblos que mucho antes que nosotros emprendieron ese camino. Si hubiésemos sido más humildes, si no nos hubiésemos sobreestimado, si hubiésemos sido capaces de comprender que la teoría revolucionaria no estaba suficientemente desarrollada en nuestro país y carecíamos realmente de economistas profundos y científicos del marxismo como para pretender realizar aportes realmente significativos a la teoría y la práctica de la construcción del socialismo, habríamos buscado más, con modestia digna de revolucionarios, todo lo que puede aprenderse y aplicarse en las condiciones concretas de nuestro país (Castro, 1975, p. 103).

En este caso, los errores tuvieron la calificación –gravísima para la época– de “idealismo”, que era equivalente al reconocimiento de que no se dominaba suficientemente la concepción marxista-leninista, la cual postulaba la existencia de leyes económicas objetivas en el desarrollo de la sociedad, las que debían ser conocidas e implementadas en políticas adecuadas para la solución de los problemas de distinta índole que planteaba el desarrollo socialista.

Así, Fidel mostraba una posición que contemporizaba con la generalidad de la comunidad socialista alineada con la Unión Soviética. Se abría una época de armonía con los sistemas de dirección de la economía y con la ideología propia del mundo soviético, se aceptaron los enfoques que del marxismo tenían, según una línea que priorizaba el condicionamiento objetivo, la determinación material de los fenómenos y subordinaba el factor subjetivo a dicho condicionamiento.

Sin embargo, demostrando lo que viene a ser una línea consecuente de su pensamiento, en el mismo informe al Congreso, Fidel no pierde la oportunidad de señalar: “Ahora bien, ningún sistema en el socialismo puede sustituir la política, la ideología, la conciencia de la gente [...]” (Castro, 1975, p. 113). Esta autocrítica alertaba sobre los errores que más tarde se cometerían en la subsanación de los anteriores.

Luego de varios lustros de construcción socialista, a mediados de los años ochenta, Fidel pasó cuenta sobre la política que había llevado el partido en esta nueva época, luego de asumir la experiencia soviética. Los fenómenos que se habían destapado

rectificando aquellos errores de idealismo dieron lugar a otros “errores” y “tendencias negativas”. Se abrió así otro proceso de autocrítica de la Revolución. Seguir, en parte, las pautas trazadas en la URSS para la conducción de la economía, potenció determinados resortes de carácter económico que buscaban elevar el interés de los trabajadores en el resultado final del trabajo, elevar la productividad y crear con efectividad la base técnico-material del socialismo. Pero dichos mecanismos, empleados como fuerzas ciegas, iban paulatinamente pervirtiendo el proceso revolucionario, despertaron en los trabajadores la codicia y echó a un lado la acción consciente de los problemas sociales.

En 1975 se criticó el igualitarismo practicado en el momento en que se asumía una postura crítica hacia la construcción del socialismo en los países de Europa del Este, especialmente en la Unión Soviética. Entre 1984-1986 se criticó el pago desmedido que estimulaba un trabajo chapucero en pos de recibir dividendos a cambio de ofrecer poco materialmente. Fidel critica en este caso tanto a los obreros que habían emprendido el camino del dinero fácil, como a los dirigentes que les proporcionaban el objeto de la corrupción.

En el esfuerzo por crear la eficiencia económica hemos creado el caldo de cultivo de un montón de vicios y deformaciones, y lo que es peor, ¡corrupciones! [...] porque si nosotros tenemos una clase obrera que se deja llevar nada más que por el dinero, que empieza a ser envilecida por el dinero, que no actúa más que por el dinero, entonces estamos mal, porque de ese tipo de hombre no sale un defensor de la revolución y de la patria (Castro, 1986b, p. 73).

En la *crítica a los mecanismos económicos empleados por aquellos años, siguiendo la experiencia soviética*, Fidel aprovecha para insistir sobre aquellos pilares en que descansaba su propia concepción de la construcción socialista: “Creo que los problemas hay que resolverlos también con moral, con honor, con principios, y es necesario apelar [...] al sentido del deber de nuestros compatriotas y de nuestros trabajadores” (Castro, 1986a, p. 30). Era preocupante para él que se afectara el principio de la igualdad que había predominado en la Revolución cubana, que se constituía en la base del apoyo que había encontrado en el pueblo.

En su opinión, la interpretación de la conocida fórmula de distribución socialista movía a muchas de las tendencias negativas que habían tomado fuerza en Cuba:

Hemos hablado –admitía– de la fórmula socialista: ¡de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo!, es bien clara esa fórmula, no es desde luego igualitarista. [...] Quisiera saber en virtud de qué milagros, o de qué diabólicos mecanismos, un individuo puede ganar 10 veces más en un año lo que ganó un médico eminente, consagrado a salvar vidas. Cosas que andan mal y conciencias que andan mal (Castro, 1986 a, p. 26).

Uno de los rasgos más destacados del pensamiento de Fidel Castro lo fue el *internacionalismo*, que, a tono con la época en que triunfa la Revolución cubana, lo llama “proletario”, pero realmente rebasa en él esa condición. Cualquier revolución que tenga por enemigo un sistema social como el que impera en los Estados Unidos de América, no tiene otra alternativa para sobrevivir que proyectarse en solidaridad recíproca con los movimientos que en todo el mundo estén luchando contra el mismo enemigo.

Esa decisión llevó a desplegar la ayuda con armas y hombres en muchas luchas de los pueblos contra las oligarquías latinoamericanas y contra los restos del colonialismo en África. La tarea política de educar el espíritu internacionalista en todo un pueblo contó con la energía poderosa de su pensamiento y de su persuasión.

Un momento que delata influencias más allá del marxismo y de Martí, con huellas jesuíticas, es la *concepción de resistencia popular* a todo tipo de presiones económicas, políticas e ideológicas a que ha sido sometida la Revolución cubana (el bloqueo en primer lugar). Son varios los momentos en que ha pasado a primer plano del trabajo político la concepción de la resistencia, destacándose los años iniciales, sobre todo en 1961 en torno al ataque de Playa Girón y 1962 con la Crisis de Octubre; los años ochenta, cuando la URSS se desentiende del compromiso de intervenir en caso de agresión militar y Fidel lanza la doctrina de “Guerra de todo el pueblo”; y en los años iniciales del llamado “Período Especial en tiempos de paz”.

En el Período Especial, el trabajo ideológico de la Revolución, encabezado por su líder histórico, se movía en tres dimensiones: 1) destacar la crisis económica, política y social permanente del mundo contemporáneo, provocada por el capitalismo; 2) poner de manifiesto la incapacidad del Tercer Mundo y del mundo exsocialista para superar por vía capitalista sus problemas económicos y sociales; y 3) argumentar la viabilidad del proyecto socialista soberano cubano como única opción real frente al imperialismo (Zardoya, 1997, p. 66).

Los últimos años de Fidel Castro fueron de una intensa actividad internacional, ocasión propicia para proyectar su pensamiento más allá de los límites de la nación cubana. No es que esta proyección corresponda solo a esta época. Su marcada *vocación internacionalista, tercermundista y latinoamericanista* se puede constatar a todo lo largo de su vida revolucionaria, abrazando causas de pueblos latinoamericanos y del mundo (República Dominicana, Colombia, Argelia, Vietnam, Angola, Etiopía, Nicaragua, entre otros).

El hecho de haber sido Cuba miembro de la comunidad socialista de naciones y haber conservado gran parte de la frescura e independencia política en que residía el prestigio de la Revolución, independiente de sus filiaciones, le daba a Fidel una posición privilegiada para juzgar el fenómeno de la decadencia y caída del campo socialista, especialmente de la URSS. Siempre se mostró en público amistoso con la Unión Soviética, incluso en los momentos de fuertes discrepancias.

Había pronosticado la caída del campo socialista cuando apreció que el proceso se escapaba al control político de las direcciones partidistas en cada país. A la hora del derrumbe (que él, con su gracia criolla, llamó “desmerengamiento”) fue en extremo delicado en sus apreciaciones públicas. Juzgó críticamente el proceso como “autodestructivo” y colocaba la responsabilidad no en una figura en particular, sino en la dirección colectiva del Partido y el Estado soviéticos. Creyó, y dejó esa experiencia explícita indicada para el movimiento revolucionario mundial, que no se podían destruir los valores, ni la autoridad del partido ni del Estado sin destruir el socialismo.

Las consecuencias de un proceso que destruya todos los valores sobre los cuales se ha cimentado un país, son sumamente negativas y terribles. [...] Se desata un proceso de destrucción de la autoridad del partido, y destruir la autoridad del partido era destruir uno de los pilares de la existencia del socialismo [...] Si tú destruyes la autoridad del Estado, la haces polvo, entonces las consecuencias son igualmente terribles (Castro, 1992, pp. 47-48).

Amplía y precisa sobre las causas del derrumbe, para lo cual agrega:

En los países socialistas europeos, la causa fundamental de su desplome fue la ausencia de una verdadera revolución, a lo que se unen, a mi juicio, infinidad de errores de dirección, un divorcio muy grande entre la dirección y las masas, entre la dirección y el pueblo [...] Estos procesos fueron víctimas también de sus debilidades ideológicas, de sus descuidos ideológicos; fueron víctimas estos procesos de la utilización de los mecanismos capitalistas para el desarrollo [...]

se fue idealizando el concepto de las sociedades de consumo [...] (Castro, 1992, p. 121).

La caída del socialismo europeo significó la pérdida de fuentes de recursos para la economía pero, a la vez, realzó el prestigio de la Revolución cubana al romper todos los vaticinios de su caída.

Al filo del cambio de siglo, luego de una década de peligrosa decadencia ideológica producto del Período Especial, Fidel Castro volvió a la carga con lo que dio en llamar “Batalla de Ideas”. Su sentido fue el de tocar a rebato en todas las plazas del país, promoviendo programas de impacto en aquellos sectores que durante el “período especial” habían quedado desatendidos, sobre todo en los que beneficiaban a la juventud. Se organizaron por todo el país tribunas abiertas en las que intervenían jóvenes mayormente, de modo que se contagiase el espíritu revolucionario. Se abrieron perspectivas para aquellos que habían abandonado los estudios, y a otros que ya trabajaban y no les interesaba volver a las aulas. Se dieron facilidades para el ingreso a las universidades, se abrieron escuelas de arte, se fundaron las misiones en que el propio Comandante en Jefe orientaba las tareas. Fidel, con su permanente optimismo, se lanzó a levantar el ánimo de un pueblo entero.

No obstante, a mediados de la primera década del siglo nuevo, analizando con los estudiantes de la Universidad de La Habana la situación del país, lanzó una advertencia, reiterada un lustro después aún resuena: “[...] esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla son ellos [los imperialistas]; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra” (Castro, 2010, p. 11). En sí era una preocupación por el destino de la Revolución, la obra de su vida, por la situación en que dejaría al pueblo y a los jóvenes en especial, el día en que ya no estuviese. Este largo discurso puede considerarse el testamento político de Fidel Castro y debiese tener mayor divulgación y estudio (Castro, 2005).

Desde los años noventa, con la caída del campo socialista y la recomposición geopolítica del mundo, comenzaron a proliferar reuniones mundiales y regionales a las que Fidel prestó especial atención política. Comenzaron a predominar en sus reflexiones temas acerca del *futuro de la humanidad*, seriamente amenazado por el modo capitalista de relación con la naturaleza y las culturas. En la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro,

1992) denunció que “las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destrucción del medio ambiente” (Castro, 2007a, p. 13). No se refería solo al hecho evidente del saqueo del Tercer Mundo por las potencias otrora coloniales, sino también responsabilizaba al mundo desarrollado de transferencias de estilos de vida y hábitos de consumo que arruinaban el medio ambiente (Castro, 2007a, p. 15).

Años después, en un encuentro internacional en La Habana que promovía el diálogo entre las civilizaciones, Fidel alababa la idea de una alianza entre las civilizaciones rusa, europea, china, árabe, africana y latinoamericana, que pudiera oponerse a la política agresiva y de confrontación de los EE.UU. como potencia mundial (Castro, 2007a). La preocupación de Fidel por salvar la especie humana es el escalón más alto de la expresión de su humanismo que se empezó a esbozar con la realización del programa del Moncada al triunfo de la Revolución.

### **Conclusiones**

En el esfuerzo por enmarcar teóricamente el pensamiento de Fidel Castro valen las consideraciones que se orientan a la herencia martiana y marxista-leninista para buscar sus fuentes fundamentales, pero no puede cerrarse para la investigación la búsqueda de otras fuentes como el humanismo, la ilustración y la herencia jesuita, con las que se pudiese completar el cuadro de las fuentes de su pensamiento en pos de entenderlo en su complejidad.

En su evolución histórica, el pensamiento de Fidel fue forjando ideas al calor de la lucha revolucionaria. Entre estas se han destacado en este primer acercamiento las siguientes: 1) la distinción entre hacer política y hacer revolución, como primer paso para organizar un movimiento revolucionario que no se limitara a tomar el poder, sino que se proyectara más allá, a cambiar la sociedad en su conjunto; 2) la opción por la lucha armada como vía radical para la toma del poder, una vez cerradas todas las otras vías pacíficas; 3) la orientación hacia la participación amplia y decidida del pueblo como base social del movimiento revolucionario; 4) la significación del jefe del movimiento como garantía de organización y disciplina en la lucha revolucionaria; 5) la opción por la ideología marxista-leninista como asidero científico del movimiento revolucionario; 6) la construcción de un partido político marxista-leninista como garantía de continuidad de la revolución; 7) la relación de hermandad con la Unión Soviética, aun



en situaciones críticas; 8) la independencia de pensamiento como el rasgo más característico en Fidel, puesto de manifiesto en circunstancias de polémica con otras interpretaciones del marxismo; 9) la concepción del comunismo ajustada tempranamente al igualitarismo; 10) el ejercicio de la autocrítica frente a los errores cometidos; 11) la crítica a los mecanismos económicos copiados de la experiencia socialista internacional que reproducían vicios morales asociados al modo burgués de producción; 12) el internacionalismo consecuente; 13) la concepción de resistencia popular ante las presiones externas e internas a la revolución; 14) la vocación internacionalista, tercermundista y latinoamericanista; 15) la defensa de la Revolución en la Batalla de Ideas; y 16) la preocupación por el futuro de la humanidad y de su entorno planetario.

En su larga y fructífera vida, Fidel Castro tuvo oportunidad de analizar con detenimiento una infinita cantidad de problemas prácticos y teóricos relacionados con una amplia gama de cuestiones de toda índole. Su pensamiento, con extraordinaria claridad, se movió adquiriendo siempre una experiencia y manteniendo los principios básicos que le sirvieron de guía en los objetivos revolucionarios que se trazó en la vida. Pero no se intente buscar en él inquietudes teóricas, como en el caso de Ernesto Che Guevara. Más que la teoría, en Fidel corría la intuición felina que le permitía captar la verdad casi de inmediato para luego convertirla en ideología útil a la revolución. Fue protagonista de procesos políticos, militares, sociales, donde se reafirmó su liderazgo, dando impulso a los mismos.

Fuera de estas consideraciones han quedado cuestiones que también abordó profusamente, y que pudieran enriquecer tremendamente la consideración general de su pensamiento: cuestiones como el desarrollo de la ciencia (la pretensión de convertir a Cuba en un país de hombres de ciencia), de la salud (hacer de Cuba una potencia médica), del deporte (como derecho del pueblo); cuestiones particulares en el desarrollo de la educación (el principio de estudio-trabajo materializado en las escuelas en el campo), estrategias de desarrollo económico del país, la lucha por el no pago de la deuda externa, la organización del poder popular, la paz en Latinoamérica y el mundo. Pero el espacio de este texto conspira contra un estudio exhaustivo del pensamiento del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

---

**Referencias bibliográficas**

1. Castro, F. (1962). *El Partido Unido de la Revolución Socialista*. La Habana: Ediciones de la Comisión de Orientación Revolucionaria de la Dirección Nacional de las ORI.
2. Castro, F. (1968). *Discurso del Comandante Fidel Castro en el décimoquinto aniversario del asalto al cuartel "Moncada"*. La Habana: Instituto de Libro.
3. Castro, F. (1975). *Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. Informe Central*. La Habana: DOR.
4. Castro, F. (1985). *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
5. Castro, F. (1986a). En el XXV aniversario de la victoria de Playa Girón y de la proclamación del carácter socialista de la revolución. *Cuba Socialista*, (5), 19-33.
6. Castro, F. (1986b). En el II Encuentro Nacional de Cooperativas de Producción Agropecuaria. *Cuba Socialista*, (5), 49-76.
7. Castro, F. (1992). *Un grano de maíz. Conversación con Tomás Borge*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
8. Castro, F. (2003). *Esperamos que la humanidad pueda vencer*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
9. Castro, F. (2005). *Discurso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
10. Castro, F. (2007a). *El diálogo de civilizaciones*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
11. Castro, F. (2007b). *Selección de documentos, entrevistas y artículos (1952-1956)*. La Habana: Editora Política.
12. Castro, F. (2010). *Mensaje de Fidel a los estudiantes*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
13. Casuso, T. (1959). Fidel formula su doctrina: la política humanista. *Bohemia*, (20), 46-48, 114-115.

14. Conte Agüero, L. (1959). *Cartas del presidio. Anticipo de una biografía de Fidel Castro*. La Habana: Lex.
15. Fernández Ríos, O. (2012). El marxismo en Fidel Castro: Estado y transición socialista. *Marx Ahora*, (34), La Habana, 48-73.
16. Miranda Francisco, O. (1999). Articulación del marxismo, el leninismo y las tradiciones nacionales revolucionarias en Cuba. *Marx Ahora*, (8) 45-64.
17. Rojas Blaquier, A. (2010). *Primer Partido Comunista de Cuba*, Santiago de Cuba: Oriente.
18. Zardoya Loureda, R. (1997). Ideología y Revolución. Notas sobre el impacto del derrumbe de la Unión Soviética y el socialismo europeo sobre Cuba. *Contracorriente*, (10), 56-71.